

EL EROTISMO EN EL ARTE ESPAÑOL CONTEMPORANEO

JUAN RAMIREZ DE LUCAS

*"Mi amor es mi peso, por él voy
dondequiera que voy" San Agustín.*

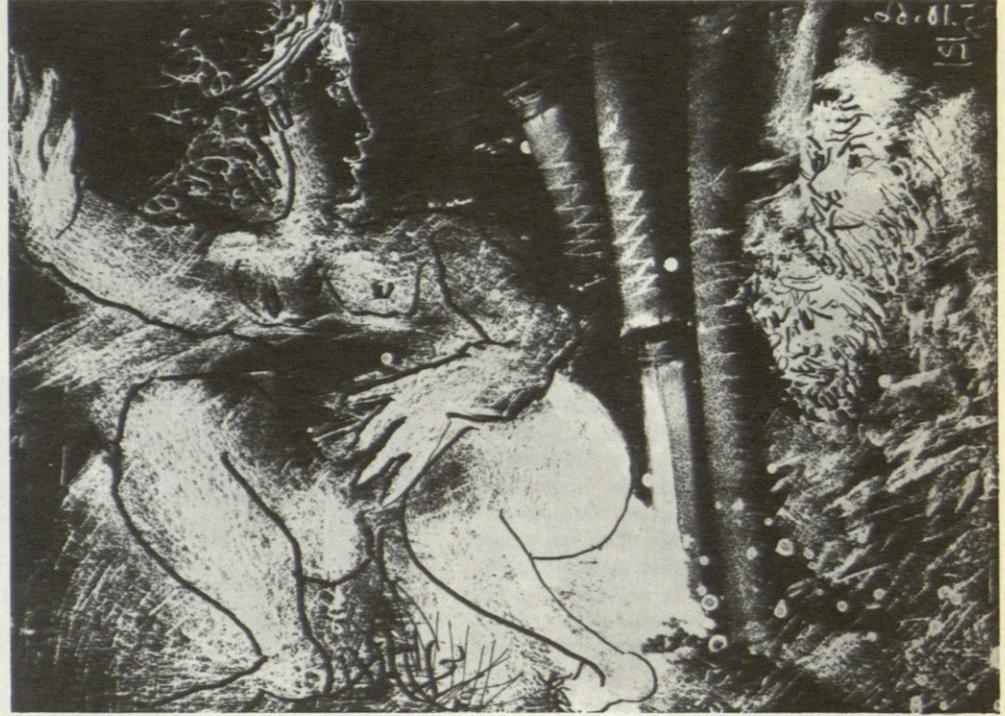
Se equivocarían los que pudiesen pensar que esta exposición de temática erótica es nada más que una manera de pasatiempo, con cierto matiz escandaloso para mentes pedibundas. Ya el pintor Rouault acertó a decir que "el Arte es una confesión" y es así como debe considerarse la muestra colectiva que con tan gran curiosidad pública se está celebrando en la sala "Vandrés" de Madrid.

El hecho de que hayan concurrido a ella, voluntariamente, masivamente, las figuras más importantes del arte joven español de nuestros años, ha de interpretarse como la consecuencia de un problema profundamente arraigado en el alma española, problema para el que aún no se ha encontrado solución, al menos oficialmente, y para el que se ha adoptado y se sigue adoptando la conocida y no menos estúpida táctica de la avestruz. El problema, como ya los lectores habrán intuido, es el problema sexual, del que el erotismo viene a ser un compendio, al mismo tiempo que una sublimación.

El problema no es nuevo, ni muchísimo menos, ni local. Pero la evidencia de que otros países más desarrollados culturalmente lo han paliado hasta casi hacerlo desaparecer, demuestra que tiene solución con tal de que se aparten de él, los pesados fardos que los siglos han ido acumulando, hasta casi asfixiarle.

Y como problema que es, y muy profundo, el erotismo ha estado siempre presente en el arte español. Las más de las veces por calculada omisión, otras, que vienen a ser las más reveladoras por su sutilidad, por imprevista evidencia. El arte español de todos los tiempos ha estado sofocado de imposiciones e inquisiciones, de perjuicios y juicios, de hipocresías e hipocondrías. Todos estos frenos, bocados, cinchas, trataban de domar el impulso erótico español, de reconocida fogosidad. Y tanto lo apretaban, que los pintores se tenían que refugiar en determinadas zonas del santoral para poder pintar un desnudo. Temperamentos tan sensuales como Fernando Gallegos, El Greco, Berruguete, tenían que recurrir a estas derivaciones para poderse dar el gusto de pintar o tallar la gloria del cuerpo humano, que el Renacimiento potenció de nuevo. El Cretense, rodeado de la "peñascosa pesadumbre" de Toledo, aprovechaba cualquier tema del martirologio para poder expresar un poco lo que su alma sentía. Sospechamos que la razón íntima por la que Felipe II no se atrevió a confiarle la pintura de los altares de El Escorial a Domenikos, no fue porque lo considerase mal pintor, sino porque el cuadro que le presentó como primera prueba, "El martirio de San Mauricio", rezuma erotismo por todos los centímetros de su inmensa tela.

Velázquez tiene que aprovechar sus viajes reales a Italia para pintar allí sus sosos desnudos de dioses-rufianes y de Afroditas Hermafroditas. Hasta Goya (fíjense bien en las fechas:



1



2

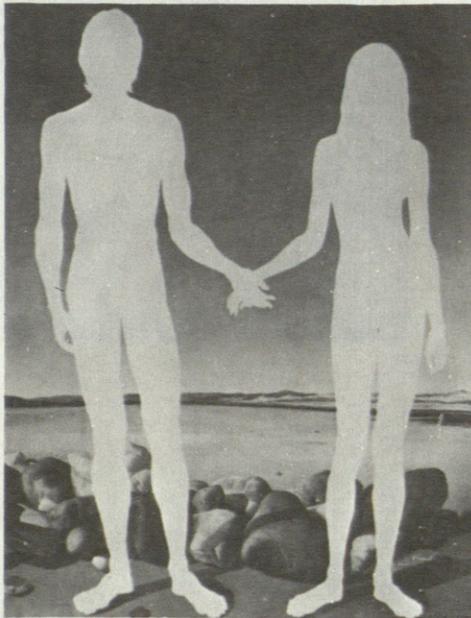
finales del siglo XVIII y principios del XIX) no se hace pintura intencionadamente erótica en España. Y don Francisco la hace como secreto de gabinete, con truco mecánico y todo, para presentar primero vestida y luego desnuda, su tumbada chulapona.

De Goya tenemos que pasar a muy entrado el siglo XX para encontrar pintura erótica, bien camuflada con anécdotas de historia, como en Fortuny, Santa María, Moreno Carbonero, Chicharro, Pinazo, etc. o bien recurriendo a frivolidad folclorística, como en Anglada Camarasa, Sorolla, Romero de Torres, Beltrán Massés, Zuloaga, etc. Solamente en Picasso, el potente, el sincero, el demoledor de tantos mitos, el incansable luchador, se produce la pintura erótica con la naturalidad y con la potencia características de toda su obra. Todo Picasso, todo en Picasso, es erótico y su obra en grado sumo; hasta cuando pinta la terrible "Destrucción de Guernica" en la que el amor y el furor se enlazan con la muerte, quedando así simbolizados el viejo mito griego en el que el impulso vital, Eros, emparentaba al final con Tanatos, la muerte.

Del tribunal de la inquisición a las "sex-boutique", el mundo de cultura occidental ha tenido que recorrer un difícil camino echando por la borda toda clase de imposiciones doctrinales que coartaban la libertad de pensamiento y la libertad de expresión. Afortunadamente se viven otros tiempos; el amor es libre (y no precisamente en los países que hicieron de ello un banderín de enganche político), sino ¡ironías de la historia! en los países que inventaron el puritanismo. Gran parte del mundo vive en una edad de oro del erotismo y por mucho que se quieran poner aduanas, barreras, censuras, el aire es libre y se filtra por las más imprevisibles rendijas. El cine, la literatura, el arte, la moda, la música, la publicidad, la televisión, los modos de vivir, todo participa de un desenfado erótico jamás conocido. Y cuando se produce un fenómeno mundial de esta magnitud es por algo y no hay fuerzas que puedan oponérsele, por mucho que algunos miopes se empeñen.

La liberación ha tardado, pero se ha producido. La vida es demasiado corta para pasarla aterrorizados por unos conceptos normativos que tuvieron su razón de ser en otros siglos, conceptos muy discutibles que han sojuzgado a pueblos enteros, a generaciones y generaciones, a una casi absoluta represión de sus impulsos. Porque el erotismo es una necesidad vital, la búsqueda del ser verdadero, lo que es en alguna manera su naturaleza originaria, su propio y mejor "yo", según definiciones de Platón. Uno de los más impulsivos motores humanos; decimos humanos, no aminales, pues el erotismo es algo más, mucho más delicado, complejo y misterioso, que el apetito sexual biológico. Hasta tal punto, que existe un erotismo que no necesita satisfacerse corporalmente, que se asienta en los ocultos campos de la actividad mental. Es más, puede decirse que el erotismo es, ante todo, una actividad mental que se proyecta hacia el placer corporal, la inquietud intelectual, o la contemplación beatífica, y muchas veces participa de estos tres determinantes.

A nuestro primer esteta filosófico contemporáneo le hubiese placido contemplar esta exposición de "Vandrés", tan imposible de



realizar en los años en que ejerció su directo magisterio en la cátedra y en la prensa. En efecto, don José se lamentaba allá por los años veinte: "Se ha partido de una falsa abstracción, se ha disociado arbitrariamente el cuerpo del espíritu, como si ambos fuesen separables", "El cuerpo significa un imperativo de realización que se presenta al espíritu. Y diría más: el cuerpo es la realidad del espíritu". "Los españoles ofrecemos a la vida un corazón blindado de rencor, y las cosas, rebotando en él, son despedidas cruelmente". "La religión y el amor tienen la desgracia de que no se suele pensar en ellos, sino religiosamente y amorosamente. De esta manera hemos hecho de dos cosas radiantes y benéficas dos cosas turbias, exageradas, fantasmagóricas, cuando no atroces instrumentos de martirio". "El hecho es que el hombre se ha acostumbrado a encerrar su vida erótica en una cárcel secreta del alma. Cuanto a ella se refiere toma un disfraz, habla quedo, se escurre medrosamente por los rincones de nuestra existencia. En ninguna otra actividad de la persona hallamos tan monstruosa desproporción entre el influjo que sobre el individuo ejerce y su manifestación, su cultivo social". (1)

Centenares de ideas, tan sustanciosas como las apartadas, pueden espigarse en la obra de Ortega, el cual, con su sagacidad bien probada, intuyó: "Abrigo la creencia de que nuestra época va a ocuparse del amor un poco más seriamente que era uso. Va a tener el valor de mirar cara a cara el problema del amor". Y dirigiéndose a los jóvenes les recomienda: "Que expulsen de sus ánimos todo hábito de odiosidad y aspiren fuertemente a que el amor vuelva a administrar el Universo".

Aquellas profecías orteguianas son ahora bien patentes y una demostración es la exposición de arte erótico que motiva estos comentarios. El hecho de que cien artistas españoles, o extranjeros que residen largamente en España, nos muestren su personal interpretación del fenómeno del erotismo, demuestran que, al menos, una parte muy importante de la sociedad española se ha liberado de los "tabús" represores. Interpretación que abarca todas las posibles formas de expresión de que dispone el arte contemporáneo, el más diverso y sorprendente que jamás haya existido. Encabezados por Picasso y por Dalí, uno desde su militancia activa, el otro desde su impotencia que se vuelve oníricamente creadora, la exposición de la galería "Vandrés" despliega ante nosotros todas las audacias que se pueden imaginar y algunas que no habíamos previsto. Audacias tanto de concepto como de materiales empleados en la consecución de la obra de arte. Porque de arte se trata, no lo olvidemos.

El comentario de cada una de estas obras, o al menos de estas tendencias, ocuparía más espacio del que disponemos. Pero al menos es obligado consignar los nombres de los artistas que han intervenido en un acontecimiento que por primera vez tiene lugar en España. Los artistas son los siguientes: Abel, Rafael Alberti, Alexanco, Argimon, Arias, Arranz Bravo, Artigau, L.F. Aguirre, Aviado, Balagueró, Bartolozzi, Baron, Bea, Bechtold, Berrocal, Bonifacio, Bordes, Bru, Caballero, Caludio Bravo, M. Calvo, Canogar, Jorge Castillo, Cillero, Corberó, Equipo Crónica, Coughtry, Cuixart, Chereau, Chirino, Dámaso, Elorriaga, Ferreras, Giralt, Gorris, Gordillo, Doreste, A.

Greco, Grilo, Guinovart, H. Haack, Hartman, Hauser, Hedriks, J. Hernández, H. Pijoan, Imog, Jardiel, Kunkel, L. Colmenar, Lorente, Machado, M. Blanco, Maryan, Millares, M. Mompó, Morales, Muntada, Munfort, Muro, Narotzky, Nassio, Navascues, Nicola, OLivares, Baccaro, Orellana, Pacheco, Peinado, Ponce de León, Punc, Porta, Possehl, Prat-Gray, Pulin, G. Prieto, Puig, Rivera, Rice, Rodríguez, Roldán, Santiago, Sanz, Saura, P. Serrano, Smith, Tapies, Togados, Tola, Toribio, Ubiña, Urculo, Urquijo, Valdivieso, Vallés, Isabel Villar, Zachrisson.

Todos estos artistas interpretan el fenómeno erótico, con la mayor libertad y en todas estas obras queda patente el perfume amoroso de la carne humana o una simbología estrechamente relacionada con el impulso carnal o con aquellas partes del cuerpo humano particularmente eróticas. Pero todo ello, también, no manchado por impurezas de pornografía o frivolidad. Y en pocas exposiciones es tan exacta aquella definición del cubista Gleizes, cuando decía: "El cuadro, lleva en sí su razón de ser, no concuerda con tal o cual conjunto, concuerda con el conjunto de las cosas con el universo; es un organismo".

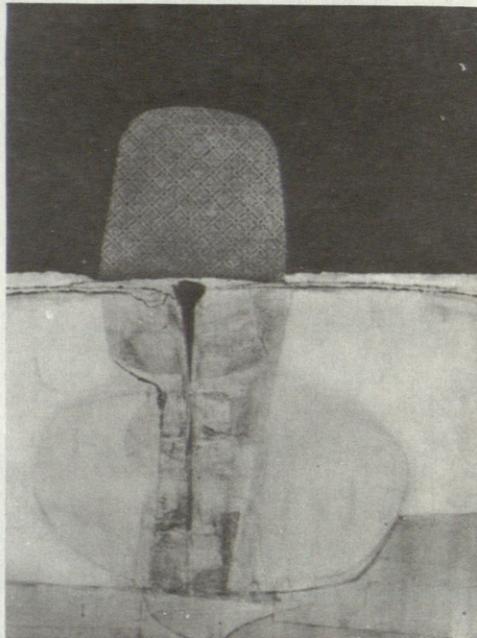
Esta exposición es todo un síntoma y la creemos tan importante por las obras de arte en sí, como por la problemática que suscita. Porque: "Nadie fantasea sobre lo que no le importa, ni a nadie importa aquello que de alguna manera deja de ser problema para él. La fantasía erótica denota la irresolución del problema al nivel de la necesidad sexual" (2). El problema es particularmente grave en España y ya es hora de que se hable abiertamente de él pues: "No es comprensible desde ningún punto de vista que una tendencia instintiva de una fuerza incomparable, como es la sexual, pueda ser coartada sin que el eco de su presencia latente no condicione decisivamente el destino ulterior del individuo" (3). Ni preconizamos, ni somos quien para hacerlo, una abolición total de normas pues de sobra sabemos que: "Una sociedad exige para su regulación determinada serie de normas. Pero estas deben ser modificadas cuando los cambios suscitados en la estructura de realidad que es la sociedad misma, las hace ya inútiles, sino antiútiles, es decir, provocadoras de toda suerte de bloqueos e inhibiciones de la persona. Reprimir más de lo que es necesario en determinada etapa histórica es inclinarse definitivamente en favor del mantenimiento de normas a costa de la inmolación del hombre mismo (del reprimido y del represor, en tanto éste es también reprimido)" (4).

El discutido e indiscutible maestro Herbert Marcuse ha estudiado bien todos estos problemas que tanto afectan la sociedad actual. De una de sus obras fundamentales tomamos las siguientes ideas, que nos aclaran lo que aquí venimos tratando: "Detrás de la forma estética yace la armonía reprimida de la sensualidad y la razón, la eterna protesta contra la organización de la vida por la lógica de la dominación. El arte es quizá el más visible "retorno de lo reprimido". La imaginación artística da forma a la "memoria inconsciente" de la liberación que fracasó, de la promesa que fue traicionada" (5).

Marcuse llega a conclusiones tan categóricas como las siguientes: "La salvación de la cultura envolvería la abolición de los controles



6



7



8

repressivos que la civilización ha impuesto sobre la sensualidad". "La imagen de una cultura no represiva aspira a una nueva relación entre los instintos y la razón. La moral civilizada es invertida armonizando la libertad instintiva y el orden; liberados de la tiranía de la razón represiva, los instintos tienden hacia relaciones existenciales libres y duraderas: generan un nuevo principio de la realidad". (6)

Más todo el conocimiento que hoy tenemos de los problemas eróticos y sus posibles soluciones no hubiese sido factible sin el estudio apasionado que le dedicó durante toda su vida de investigador Segismundo Freud y el de todas las escuelas de psicoanálisis a que dieron lugar sus teorías. Freud se mostraba partidario de mantener en gran parte las represiones, como generadoras de civilización, pero con su gran sinceridad habitual llega a preguntarse: "Puesto que los hombres son tan poco dóciles a los argumentos razonables, puesto que están tan completamente bajo el mando de sus deseos instintivos, ¿por qué debe uno querer quitarles un medio de satisfacer sus instintos y reemplazarlo por argumentos razonables?"

"Hacer el amor, no la guerra" es el lema de los desenfadados "hippies" y que han adoptado como suyo una grandísima parte de todas las juventudes del mundo. El síntoma es muy revelador, pues como dice Mac Luhan: "Los "hippies" no viven obnubilados por el sexo. Para ellos no es más que una experiencia de los sentidos como tantas otras. Para los jóvenes el sexo es secundario. Al tiempo que se hace accesible se atempera".

Hasta la extremada Europa que es España ha llegado la onda de todo esto que sucede en el mundo. Y en ningún otro país podría tener tantas resonancias. El apasionado español se ha interesado por todas las posibilidades de la tarea que ofrecía el tema y tal vez la más espectacular de las conseguidas hasta la fecha sea esta exposición "Eros y el arte actual en España", que marca un hito en el tratamiento de una preocupación nacional. Los españoles pueden muy bien repetir diariamente aquellas poéticas palabras de Rabindran Tagore: "La imagen de mi propio deseo se sale de mi corazón y danzando ante mí, centellea una vez y otra, súbita".

(1) José Ortega y Gasset: "Sobre el amor", Edt. Plenitud, Madrid 1957.

(2) C. Castilla del Pino: "Sexualidad y represión", Ayuso - Madrid 1971.

(3) Idem, idem

(4) Idem, idem.

(5) H. Marcuse: "Eros y Civilización", Seix Barral - Barcelona 1968.

(6) H. Marcuse.- Obra citada.